
Portales

AL sacar las viviendas del interior de los patios, fueron poniéndose los portales a la calle. Los pueblos, cuanto más pequeños, tienen más tendencia a estar en la calle; de ahí las rencillas y enconamientos agudos, por el rozamiento continuo y la observación aquilatada y suspicaz.

El cambio no modificó la costumbre de tener la puerta abierta desde el momento de levantarse hasta la hora de recogerse a descansar. El no abrir la puerta era indicio de anomalía que chocaba. Si el aire o el **resistidero** apretaban mucho, lo más que se hacía era entornar y en el verano ponían una cortina por dentro para que no entraran moscas.

Cualquier extraño podía considerar el pueblo deshabitado durante la siesta, pero cada rendija era un observatorio fijo y la suma de las observaciones, cotejadas entre las vecinas al sentarse en las puertas, dejaban explicado al detalle el motivo del más leve movimiento de una paja.

—¿Dónde estabas esta mañana?

—Hija, ¿por qué?

—Porque se asomó una gallina y dije: ¿qué estará haciendo la Hermenegilda, que se le salen las gallinas?

—Subí a por una cuerda de uvas.

—Yo dije, a lo mejor es que ha venido Julián con ganas de fiestas.

—¡Qué cosas tienes!

—¿Qué hubiera tenido de particular?

Y con ese motivo las vecinas siguen largo rato comentando por lo bajo sus más recientes apreciaciones del contorno.

Las desocupadas antiguas, recuerdan que el «Fresco» tenía siempre cerrada la puerta de su casa, cuando no se cerraba ninguna. Era un ricote que vivió en la calle del Cautivo y cuando murió encontraron los dineros en un nido del palomar. ¡Por algo cerraría la puerta!, decían las vecinas, dándole a la cabeza con esa maligna intención típica de todos los pueblos.

Una nieta del «Fresco» fué el primer cadáver que pasó por el Paseo del Cementerio, después de hecha esta vía.

Contante y sonante

ERAN las dos cualidades sobresalientes del dinero en aquel tiempo.

El carácter de sonante lo ha perdido completamente, más que por su poca circulación, por su desestimación en el concepto de las gentes.

En todas partes había piedra de marmol para sonar la moneda, haciéndola botar, pues en el timbre y en el bote se apreciaba su calidad, aparte de su aspecto, pues aun siendo buenas, si sonaban mal, eran rechazadas por tener «hoja» aunque no se le viera la raja.

«Galo», el cobrador de Santiaguillo, siempre iba con el saco de lona al hombro lleno de duros, pesetas, realetes, perras gordas y perrillas y aquel andar apresurado que fué también característico de otros posteriores, hasta Eduardo

el sacristán que es el último, según creo, que llevó saco porteando **pesetas vaticú**, según se las llamaba ponderando su efectividad.

Un detalle deslumbrante para los chicos, era la manera de manejar el dinero algunos hombres. Se entraban la mano entera en el bolsillo del chaleco, por lo general cubierto con la faja y sacaban un puñado de duros, pesetas y perrillas para rebuscar lo que necesitaran de momento. La gente de la Plaza, arrieros y trajinantes, sobresalía en estos modos. Después de pagar volvían a guardarlo y se estiraban la faja cubriendo la rendija con el moquero. ¡Acostumbrados a no tener nunca dinero, se quedaba uno con la boca abierta al ver el aire de suficiencia que daban a este acto y el ruido que hacían al contar los cuartos!